

“COMPARTIR CON LOS EMPOBRECIDOS DE LA TIERRA EN LA CATEQUESIS” (25 de febrero de 2021)

0. INTRODUCCIÓN

En primer lugar, quiero dar las gracias a la Delegación de Catequesis de la Diócesis y a Manuel por su invitación a participar en este curso de formación con el tema: “Los empobrecidos en la catequesis”.

Gracias, también, a las personas que estáis al otro lado de la pantalla escuchando.

Vengo aquí en nombre de Manos Unidas, (Asociación de la Iglesia española para la promoción y el desarrollo en los países más empobrecidos de África, América Central y del Sur y Asia) que trabaja desde hace más de 60 años para saciar “el hambre de Dios, de cultura y de pan” que movió a sus fundadoras.

Quiero compartir una reflexión, no traigo recetas, que es lo que a veces buscamos ante situaciones duras y difíciles, me hago y os hago algunas preguntas para ir avanzando en la toma de conciencia, en el despertar a la dura realidad de los empobrecidos que, en lugar de disminuir, va aumentando a causa de diversos factores, (ertes, paro, emigración...)

Y, ¿por qué en la catequesis?, bueno, porque es el tema que nos han planteado

Pinceladas para encuadrar el tema

La fe cristiana se fundamenta en el seguimiento de Jesús. Requiere una actitud personal de acogida y encuentro con su persona, que nos invita a vivir el Evangelio y llevarlo a los demás, así cumplimos su invitación: “Id por todo el mundo proclamando la Buena Noticia a toda la humanidad” (Mc 16, 15)

Además, Jesús encarnado, nos hace hijos y hermanos. A Dios le importan todos sus hijos, ¿cómo olvidarnos de nuestros hermanos empobrecidos?

Hay cuatro dimensiones de la fe que se interrelacionan y retroalimentan, (van de la una a la otra y viceversa) y abarcan todos los aspectos de nuestra vida.

*Fe **vivida**, fe **celebrada**, fe **pensada** y fe **enseñada**.*

- **Vivida**, en la cotidianidad. La existencia ordinaria. La praxis de vida.
- **Celebrada**, en la celebración festiva, comunitaria, orante. La contemplación y la oración litúrgica.
- **Pensada**, formación en la teología, en la catequesis. La fe pensada orienta y da sentido a la praxis y la vida de los creyentes.
- **Enseñada**, en las enseñanzas de la Iglesia. Que orientan y “confirman a los hermanos en la fe”

De manera que somos en verdad cristianos, no solo cuando tenemos conocimientos teóricos sobre las verdades de la fe y la doctrina, o cuando tenemos sentimientos de adhesión a la persona de Jesús, **sino cuando eso desemboca en la vida, se traduce en praxis evangélica, en compromiso**. Somos en verdad cristianos cuando vivimos el mandamiento del amor en solidaridad, cuidados, cercanía y solicitud por los hermanos **de forma especial por los más vulnerables y necesitados**.

Los cristianos rezamos, amamos, alabamos a Dios, pensamos nuestra fe... y nos cuidamos, sobre todo, de los más débiles, de los que están en los márgenes, de, como dice el Papa Francisco, los descartados.

La catequesis, por tanto, ha de incluir todos los elementos que contribuyen a que nuestra fe se viva en todas sus dimensiones. Hoy nos centraremos en el **compromiso de compartir con los empobrecidos**.

1. CONOCER Y RECONOCER LA REALIDAD DE LA POBREZA PARA AMARLA Y TRANSFORMARLA

Antes de avanzar en el contenido de esta exposición quiero plantear unas cuestiones previas, **¡PARA PENSAR!**

- ¿Es lo mismo ser pobre que empobrecido?
- ¿Quiénes son los empobrecidos?
- ¿Hay personas pobres o personas en situación de pobreza?
- ¿Puede haber “pobreza digna”?

Pobre es la persona que no tiene lo necesario para vivir o que lo tiene con escasez, lo que le impide llevar una vida mínimamente digna, mientras que **empobrecida** es la persona que decae en estado de pobreza. La diferencia es casi insignificante, cuestión de matiz, pero, cuando hablamos de personas empobrecidas nos referimos a las que han llegado a esa situación en la que no tiene por qué haber sido siempre así. La crisis de 2008 en España y esta pandemia, por ejemplo, lo han puesto de manifiesto.

Un ejemplo: a primeros de este mes, en un programa de TV “Solidarios por el bien común” se emitió un reportaje sobre personas sin hogar donde se presentaron algunos proyectos de Cáritas Madrid. Una de las personas acogida en uno de estos proyectos, (CEDIA), compartió su testimonio, dijo que tenía una empresa y una vida estable, incluso había sido voluntario de Cáritas y se quedó en la calle. Ahora está acompañado por Cáritas desde CEDIA, pero él estuvo del otro lado.

Otro ejemplo leído en *Vida Nueva el 31 de enero de 2021*: “No pude quedarme en casa” “Elena no pudo quedarse en casa. Se vio obligada a migrar para no morir de hambre en su país. En tierra extraña había logrado alquilar una habitación y vendía caramelos en el transporte público. Ahora debido a las medidas de confinamiento casi no puede trabajar y por falta de ingresos la echaron del “alojo”. Está durmiendo en una plaza a la intemperie. (...) Aún llora a varios de sus amigos venezolanos que han muerto solos y abandonados como consecuencia del terrible virus, pagaron con sus vidas el precio de ser migrantes vulnerables, de ser pobres. (Elvy Monzant Árraga, secretario ejecutivo de la Red de Migración, Trata y Refugio Clamor).

Empobrecidos que antes estuvieron del otro lado.

No obstante, a mí no me gusta hablar de pobres, sino de personas en situación de pobreza, porque todos los seres humanos hemos sido creados con unos dones, capacidades, talentos, que, muchas veces no podemos desarrollar por las circunstancias. No es lo mismo nacer en España que nacer en Somalia, ni nacer en una familia rica que pobre, ni nacer con posibilidades de promoción social que no tenerlas. Así que, en esta reflexión, me referiré a la realidad que viven las **personas en situación de pobreza**, sin garantía de conseguir los derechos básicos, esenciales para cubrir necesidades más primarias como el alimento, el agua, la salud o la vivienda. Pobre, sin más, puede estigmatizar. Situación de pobreza remite a una causa y también a la capacidad de las personas de salir de la pobreza. Para ello necesitarán de nuestra solidaridad cristiana.

Por otro lado, el espíritu de pobreza, vivir la pobreza evangélica, puede ser un camino para la libertad. Ser pobre desde los valores del Evangelio, (no empobrecido por la injusticia) es no estar atado a la necesidad de tener cada vez más, que esclaviza.

Palpar las heridas de la humanidad sufriente, para tomar dolorosa conciencia

Millones de personas viven en situación de **pobreza multidimensional**, esto es un modo de medir la pobreza, no desde el criterio económico, sino desde las necesidades elementales y concretas de cada persona y del grupo o comunidad que se han puesto especialmente de manifiesto en los últimos meses por la crisis del coronavirus: la alimentación (para poder comer); la salud (para curarse); el agua y saneamiento (para lavarse las manos), la vivienda (donde confinarse)

Quien no puede satisfacer al mismo tiempo en torno a tres de esas necesidades básicas por las que se mide la pobreza multidimensional: salud, educación, nivel de vida (saneamiento, agua potable, bienes de consumo, electricidad, vivienda...), vive en una situación de pobreza.

El coronavirus nos ha encontrado con un mundo que ya tenía 1.300 millones de personas afectadas por la pobreza multidimensional, y por su impacto negativo en la economía, podría empujar a otros 500 millones de personas a vivir en la pobreza (*Cfr. Kings College de Londres y la Universidad Nacional de Australia*).

Más del 15% de la población del mundo sigue siendo vulnerable a la pobreza multidimensional.

Según Oxfam, las 62 personas más ricas del mundo poseen la misma riqueza que los 3.600 millones de personas más pobres del planeta

También en nuestro país. Basta mirar los informes FOESSA que realiza Cáritas, para darse cuenta. En el 90% de los hogares bajo el **umbral de la pobreza**, se constata un **“empobrecimiento de la pobreza”** según el informe de 2017 y las cosas no han mejorado.

Vamos a recorrer cuatro dimensiones de la pobreza multidimensional para ahondar, con algunos datos y paradojas, en el reconocimiento de la realidad en la que viven millones de personas empobrecidas.

Empezaré por la situación sanitaria que, a raíz de la pandemia tiene, a la mayoría de la población mundial, inmersa en una gran inquietud. Después veremos agua y saneamiento, vivienda y finalizaremos con la alimentación, cuya realidad es dolorosamente escandalosa.

Solo algunos datos para tomar dolorosa conciencia de esta realidad, porque es difícil amar lo que no se conoce.

- **Situación sanitaria**

La salud es un derecho humano fundamental, al que millones de personas en el mundo no tienen acceso.

Ocupados y preocupados como estamos con esta pandemia que nos ha tocado vivir a nivel mundial, corremos el riesgo de olvidar que el Covid 19, el dengue, la malaria, el ébola o la tuberculosis, siguen diezmando a poblaciones enteras en otras latitudes. Millones de seres humanos, especialmente, niñas y niños corren el riesgo de morir por otras causas fácilmente evitables como la diarrea o la desnutrición. Y, si no mueren de Covid, morirán de hambre.

Los sistemas sanitarios de los países más empobrecidos se encuentran sin capacidad de control ni tratamiento ante cualquier tipo de epidemia.

- **Agua y saneamiento**

La pandemia es un duro recordatorio de los desafíos a los que se enfrentan las familias con menos recursos en todo el mundo, especialmente en el creciente número de zonas donde el acceso al agua es limitado.

3.000 millones de personas no tienen en su casa agua para el lavado de manos con jabón, una medida elemental en la lucha contra el coronavirus y tienen que salir a buscarla fuera.

Unos 2.100 millones de personas viven sin agua potable.

En algunos lugares los recursos de agua potable son propiedad del Estado, los cortes de agua son constantes y muchas familias no están conectadas a la red pública de agua debido a su alto coste. Además, avanza la tendencia a convertir el agua en mercancía para el enriquecimiento de algunos.

“En algunos lugares avanza la tendencia a privatizar este recurso escaso, convertido en mercancía que se regula por las leyes del mercado. [...] Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable”. (Papa Francisco, Laudato si 30)

▪ **Vivienda digna**

Según ONU Hábitat, en los asentamientos informales y barrios marginales de las grandes ciudades, viven alrededor de 1.000 millones de personas que, diariamente, se enfrentan a graves carencias de alimentos, agua, saneamiento, gestión de residuos o asistencia médica, entre otros. Las medidas de confinamiento han atrapado en chabolas, construidas básicamente con barro, latón y uralita, a millones de personas, a las que se ha impedido salir a buscar el sustento diario, por lo que el hambre y la violencia se dejan sentir entre la población.

La necesidad de medidas de confinamiento, importantes para controlar la rápida expansión del coronavirus, ha puesto de manifiesto el frágil acceso a un derecho humano básico para las poblaciones más vulnerables. ¿Cómo hablar de confinamiento a personas cuya vivienda es la calle o asentamientos infrahumanos?

▪ **Alimentación**

Con toda nuestra atención volcada, con razón, en el coronavirus, es, sin embargo, fundamental que no olvidemos que antes de la crisis sanitaria mundial teníamos más de 820 millones de personas padeciendo hambre en el mundo. Estas cifras podrían alcanzar los mil millones de hambrientos en este año, a causa de la actual crisis.

También hemos visto en nuestras ciudades las llamadas **“colas del hambre”** formadas por personas que tenían una vida más o menos normalizada antes de la pandemia y se han visto abocadas a la pobreza.

Y, mientras 2 000 millones de personas no disponen de acceso regular a alimentos inocuos, nutritivos y suficientes, 1/3 de los alimentos, a nivel mundial, se tira a la basura.

El Papa Francisco, sobre el descarte mundial, denuncia en Fratelli tutti nº 18 esta vergonzosa realidad.

“Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos” (FT 18)

No olvidemos que las cifras son lo que son, datos fríos para la estadística. Aunque sólo hubiera un ser humano pasando hambre, seguiría siendo válida la llamada a la solidaridad para acabar con esa situación, porque **“el hambre es una tragedia, una indecencia, un crimen y un pecado”** (Jose Luis Segovia en las Jornadas de formación de Manos Unidas)

Lo más importante es tomar conciencia y actuar; menos importante es la guerra de cifras, porque no solo son números, sino vidas humanas con nombres y rostros.

“Cuando faltan los rostros y las historias, las vidas comienzan a convertirse en cifras, y así paulatinamente corremos el riesgo de burocratizar el dolor ajeno”. (Discurso del Papa Francisco al Programa Mundial de alimentos, 2016)

2. INTERPRETAR LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA DE DIOS Y LA ENSEÑANZA SOCIAL DE LA IGLESIA (DSI)

Esta realidad que acabamos de conocer y reconocer refleja **desigualdad y viola la dignidad** de las hijas e hijos de Dios creados a su imagen.

Interpretar la realidad es cargar con ella y recordar los fundamentos sobre los cuales debe descansar. Somos ciudadanos del mundo, hermanos e hijos del mismo Padre. Rezamos el Padrenuestro. Reconocemos la dignidad de la persona y el bien común. Nuestros indicadores de ruta son la Palabra de Dios y la enseñanza social de la Iglesia (DSI).

¿Cómo miramos esta realidad? “Todo es según el dolor con que se mira” M. Benedetti

“En la sociedad globalizada, existe un estilo elegante de mirar para otro lado que se practica recurrentemente, (...) se mira al que sufre sin tocarlo, se lo televisa en directo, incluso se adopta un discurso en apariencia tolerante y repleto de eufemismos”. (F T 76)

Vamos a revisar nuestras miradas sobre la realidad de los empobrecidos. ¿Son miradas superficiales o que nos conmueven? ¿Miramos sin ver? ¿Cerramos los ojos para no ver? ¿o miramos para otro lado? Ahora, que llevamos la mitad del rostro cubierto por la mascarilla, las miradas son muy importantes para establecer contacto y comunicación con las personas. La forma de mirar condiciona la forma de nombrar, de reconocer, de valorar y de actuar.

Sebastián Mora, que fue secretario general de Cáritas española (diciembre 2009 – diciembre 2017) en una charla comentaba una anécdota que, desafortunadamente, es más común de lo que parece.

Contaba que un muchacho iba a acercarse una tarde a pedir a la puerta de una iglesia muy importante de Madrid, porque había una boda de gente también importante y, seguramente, rica. Cuando volvió a encontrarse con el muchacho le preguntó cómo le había ido, a lo que el chico respondió que mal. Al querer averiguar si no le habían dado nada de dinero el muchacho respondió que sí, (era una cantidad considerable que no recuerdo) y al indagar de nuevo sobre por qué le había ido mal, el chaval respondió: **porque nadie me ha mirado.**

Y José Luis Segovia, (Josito) en su libro “No te olvides de los pobres”, relata la anécdota de un chaval que se buscaba la vida por la calle pidiendo y revendiendo pañuelos de papel que decía: “estoy harto; la gente me mira con miedo, pensando que les voy a robar, o con piedad porque me ven sucio. ¡Nadie me mira como a una persona! ¡Soy igual que ellos!”

También Manos Unidas, en su 35 campaña contra el hambre, (este año 2021 está trabajando en su campaña 62), lanza el lema: “Tu indiferencia te hace cómplice” como una llamada a implicarnos para no ser cómplices ante cualquier injusticia. (Ahora se está utilizando este mismo eslogan para denunciar el maltrato animal)

Necesitamos salir de una conciencia anestesiada que nos hace pasar de largo ante las necesidades y el sufrimiento del otro, “poner los ojos en la fragilidad y en las personas más frágiles, ser Iglesia samaritana” (José Luis Segovia) y despertar para reconocer en los empobrecidos a hijos e hijas de Dios y hermanos nuestros; dejar que sus situaciones nos conmuevan y cambien las miradas de indiferencia por miradas de reconocimiento de su dignidad.

“Tiende la mano al pobre” destaca, por contraste, la actitud de quienes tienen las manos en los bolsillos y no se dejan conmover por la pobreza, de la que a menudo son también cómplices. La indiferencia y el cinismo son su alimento diario”. (Papa Francisco, IV Jornada Mundial de los Pobres. 15 de noviembre de 2020)

Mirar como mira Dios, como mira Jesús

El Evangelio, a través de Jesús y de los diferentes personajes ofrece multitud de miradas: (contemplativas, desde las bajuras, cargadas de indignación, repletas de compasión...) El modo como

miremos a las personas y las realidades en las que viven, condicionará nuestras actitudes y acciones. Miramos a personas con nombres, rostros y realidades concretas que, ¿nos interpelan?

José M.^a Rodríguez Olaizola, en su libro *“Hoy es ahora”* (pág. 124) habla de la mirada que “nos permite asomarnos al prójimo para verlo en su necesidad, en su debilidad, en su limitación y en su belleza auténtica. (...) Una mirada auténticamente humana (y auténticamente creyente) ha de tener tres rasgos:

- 1) Ha de ser *benévola*. <<Benevolencia>> significa querer bien. (...) No es la mirada apática, indolente o fría de quien no se implica, sino la mirada apasionada de quien anhela algo bueno para aquello que encuentra.
- 2) Ha de ser *lúcida*. Para ver lo que pasa desapercibido, lo anónimo, lo insignificante de nuestro mundo. porque de otro modo terminamos opacados por los focos y los brillos, a menudo fugaces.
- 3) Ha de ser *personal*. Es decir, ha de ayudarnos a descubrir a los otros, gente de carne y hueso, de nombre e historia única, más allá de etiquetas y prejuicios”.

Una mirada desde la Biblia

La fe cristiana lleva a actuar en la vida concreta en relación con la pobreza y apremia a volcarse en la realidad de las personas en situación de pobreza.

Dios en su palabra se muestra atento al “clamor” de sus hijos, tiene una mirada compasiva hacia sus sufrimientos y llama a colaborar con Él para aliviar las situaciones de injusticia. Dios escucha, responde y libera e interviene a favor del pobre para restituirle su dignidad.

- **En el Antiguo Testamento** vemos cómo el Señor ve a los empobrecidos, escucha sus quejas y baja para auxiliarlos y nos convoca al encuentro y la apertura. No se pasea por la tierra, sino que cuenta con nosotros que somos sus ojos, sus oídos, sus manos y sus pies para acompañar y auxiliar a la humanidad sufriente.
 - *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor, (...) he bajado para librarlo”* (Éx 3, 7ss)
 - *“El rico y el pobre se encuentran: a ambos los hizo el Señor”.* (Prv. 22, 2)
 - *“Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios, no endurezcas el corazón ni cierras la mano a tu hermano pobre. Ábrele la mano y préstale a la medida de su necesidad”.* (Dt. 15, 7 – 8)
- **En el Nuevo Testamento** encontramos en Jesús de Nazaret la solicitud por los pobres; su experiencia y su relación con ellos le llevan a hacerse defensor de su causa. También las primeras comunidades cristianas, que conocían al Maestro y sabían de su modo de proceder, desde el principio se comprometieron con los hermanos necesitados.
 - *El Señor se compadeció viendo a la gente hambrienta y dijo a los discípulos: “Dadles vosotros de comer”* (Mt 14, 14. 16)
 - *“Si uno posee bienes del mundo y ve a su hermano necesitado y le cierra las entrañas y no se compadece de él, ¿cómo puede conservar el amor de Dios?”* (1 Jn 3, 17)

- “Suponed que un hermano o hermana andan medio desnudos, faltos del sustento cotidiano, y uno de vosotros le dice: *Id en paz, calientes y saciados; pero no le da para las necesidades corporales, ¿de qué sirve?*” (St 2, 15 – 16)
- “No descuidéis la beneficencia y la solidaridad: tales son los sacrificios que agradan a Dios”. (Hb 13, 16)

Seguir a Jesucristo, creer en Él, es vivir como Él vivió y nos coloca en la perspectiva y el horizonte final de su Reino. Entonces nos dirá a los que le seguimos:

“Venid benditos de mi Padre..., porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme (cf. Mt 25, 34-36)

La mirada del Papa en las Jornadas Mundiales de los Pobres

Desde el año 2017 el Papa propone la celebración, a primeros de noviembre, de una jornada de los pobres, invitando a toda la Iglesia a reflexionar y orar. Incluyo algunos párrafos de los mensajes del Papa de las cuatro jornadas celebradas, con el lema de cada una de ellas.

- **I Jornada** (19 de noviembre de 2017) «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18).

“Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. (...) El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; **especialmente cuando se trata de amar a los pobres**”.

“No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, (...), **deberían introducirnos a un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida.** (...) Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque **se toca con la mano la carne de Cristo**”.

“Esta *Jornada* tiene como objetivo, (...), estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la **cultura del encuentro**”.

- **II Jornada** (18 de noviembre de 2018) «Este pobre **gritó** y el Señor lo **escuchó**» (Sal 34,7)

“Las palabras del salmista las hacemos nuestras desde el momento en el que también nosotros **estamos llamados a ir al encuentro de las diversas situaciones de sufrimiento y marginación en la que viven tantos hermanos y hermanas**, que habitualmente designamos con el término general de “pobres”. (...) Este salmo nos permite (...) **comprender quiénes son los verdaderos pobres, a los que estamos llamados a dirigir nuestra mirada para escuchar su grito y reconocer sus necesidades**”.

“(…) ¿Qué expresa el grito del pobre si no es su sufrimiento y soledad, su desilusión y esperanza? Podemos preguntarnos: ¿Cómo es que este grito, que sube hasta la presencia de Dios, no consigue llegar a nuestros oídos, dejándonos indiferentes e impasibles?”

“**Los pobres nos evangelizan**, ayudándonos a descubrir cada día la belleza del Evangelio. No echemos en saco roto esta oportunidad de gracia”.

- **III Jornada** (17 de noviembre de 2019) «La esperanza de los pobres nunca se frustrará» (*Sal* 9,19)

“Las palabras del salmo se presentan con una actualidad increíble. Ellas expresan una verdad profunda que la fe logra imprimir sobre todo en el corazón de los más pobres: **devolver la esperanza perdida a causa de la injusticia, el sufrimiento y la precariedad de la vida**”.

“Con frecuencia vemos a los pobres en los *vertederos* recogiendo el producto del descarte y de lo superfluo, para encontrar algo que comer o con qué vestirse. Convertidos ellos mismos en parte de un vertedero humano **son tratados como desperdicios, sin que exista ningún sentimiento de culpa por parte de aquellos que son cómplices en este escándalo**”.

“Dios (...) “escucha”, “interviene”, “protege”, “defiende”, “redime”, “salva” ... En definitiva, el pobre nunca encontrará a Dios indiferente o silencioso ante su oración. Dios es aquel que hace justicia y no olvida (cf. *Sal* 40,18; 70,6); de hecho, es para él un refugio y no deja de acudir en su ayuda” (cf. *Sal* 10,14).

- **IV Jornada** (15 de noviembre de 2020) “**Tiende tu mano al pobre**” (*Si* 7,32)

“La antigua sabiduría ha formulado estas palabras como un código sagrado a seguir en la vida. Hoy resuenan con todo su significado para ayudarnos también a nosotros a **poner nuestra mirada en lo esencial y a superar las barreras de la indiferencia**. La pobreza siempre asume rostros diferentes, que requieren una atención especial en cada situación particular; en cada una de ellas podemos encontrar a Jesús, el Señor, que nos reveló estar presente en sus hermanos más débiles (cf. *Mt* 25,40)

“**La oración a Dios y la solidaridad con los pobres y los que sufren son inseparables**. Para celebrar un culto que sea agradable al Señor, es necesario reconocer que toda persona, incluso la más indigente y despreciada, lleva impresa en sí la imagen de Dios. De tal atención deriva el don de la bendición divina, atraída por la generosidad que se practica hacia el pobre”.

“**El encuentro con una persona en condición de pobreza siempre nos provoca e interroga**. ¿Cómo podemos ayudar a eliminar o al menos aliviar su marginación y sufrimiento? ¿Cómo podemos ayudarla en su pobreza espiritual? La comunidad cristiana está llamada a involucrarse en esta experiencia de compartir, con la conciencia de que no le está permitido delegarla a otros. **Y para apoyar a los pobres es fundamental vivir la pobreza evangélica en primera persona. (...)**”

“El grito silencioso de tantos pobres debe encontrar al pueblo de Dios en primera línea, siempre y en todas partes, para **darles voz, defenderlos y solidarizarse con ellos** ante tanta hipocresía y tantas promesas incumplidas, e invitarlos a participar en la vida de la comunidad”.

Mirar desde la enseñanza social de la Iglesia (DSI)

La DSI defiende principios y valores en torno a la vida social (dignidad de la persona, solidaridad, bien común, destino universal de los bienes ...) de los que ya han hablado otras personas.

Para ayudarnos a ver cómo la fe mira, interpreta y sale al paso de las situaciones en las que viven muchas personas, la Iglesia va dando respuesta a distintas circunstancias nuevas que surgen a lo largo de la historia, teniendo a la persona como centro.

En relación con los empobrecidos, voy a centrarme en la dignidad de la persona y la solidaridad.

- **Dignidad de la persona**

Cuando las personas no tienen unas condiciones dignas para vivir y desarrollar todas sus potencialidades, **su dignidad queda herida**. Esta dignidad tiene su fundamento en Dios. La dignidad de la persona demanda atención a las situaciones de indigencia.

“Creados a imagen y semejanza de Dios... “La dignidad de la persona humana se basa en el hecho de que es creada a imagen y semejanza de Dios y elevada a un fin sobrenatural trascendente a la vida terrena” (Concilio Vaticano II, Gaudium et spes 31).

La doctrina social de la Iglesia afirma la inviolable dignidad de la persona humana, dotada de inteligencia, conciencia y libertad, sujeto de derechos y deberes. Cada ser humano creado a imagen y semejanza de Dios es único e irrepetible, tiene valor en sí mismo y ninguno está por encima de los demás en dignidad.

*«Descendiendo a consecuencias prácticas de máxima urgencia, el Concilio inculca el respeto al hombre de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar el prójimo como otro yo, **cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente**» (Concilio Vaticano II, Gaudium et spes, 27)*

*“Estamos llamados a reconocer la dignidad de las personas **y transformar las situaciones de indignidad en las que viven**”. (Papa Francisco, Sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común. Viaje apostólico a los emiratos árabes unidos (3-5 de febrero de 2019)*

El Covid-19 está dejando una estela de dolor y muerte en el mundo entero. Desde mucho antes los virus de la injusticia y la indiferencia mataban a millones de personas de hambre, de miseria, de exclusión. Urge cada vez más derribar los muros que impiden **que todas las personas tengan acceso a una vida digna.**

- **Solidaridad**

La solidaridad es un valor siempre, pero, frente a las realidades concretas del dolor, el sufrimiento, la injusticia y la desigualdad del momento actual, es un valor fundamental.

El Papa Francisco nos invita a abandonar nuestra conciencia anestesiada ante los dramas humanos, y apostar por la *“globalización de la solidaridad”*, con una opción preferencial hacia las personas más vulnerables. Creo que el valor de la solidaridad universal deberá marcar el futuro, no sólo para superar la actual pandemia, sino para construir sociedades dignas para todos los seres humanos.

San Juan Pablo II, entendía que la solidaridad consiste en **un compartir que nos permite descubrir al otro como un igual en el banquete de la vida; nos ayuda a ver al “otro” (persona, pueblo o nación) no como un instrumento... sino como “semejante” nuestro para hacerle partícipe como nosotros del banquete de la vida.** (Cfr. Sollicitudo Rei Socialis, 39).

No es limosna, no es pena, no es lástima; es **una exigencia de la dignidad humana compartida**, que nos plantea el deber de que **cada persona, según sus circunstancias, sea responsable de todos los demás;** la exigencia de que **cada ser humano asuma las causas del otro, haciéndolas causas propias.** Pensar en el otro, colaborar y dar lo mejor de sí para rehabilitar al otro, contribuyendo de este modo al desarrollo auténtico de todas las personas.

En Fratelli Tutti 116 se dice que la solidaridad

“Expresa mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos. Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales”. (FT 116)

La solidaridad marca una conciencia de comunidad y una cierta renuncia personal por el bien colectivo. Vivir la solidaridad exige renunciaciones personales para el bien de otros; generar actitudes, estilos de vida, modos de consumo compatibles con la protección de la dignidad del otro. El Papa Francisco nos invita

incluso a tener la generosidad de renunciar a parte de nuestros derechos para que los más vulnerables puedan disfrutar de los suyos.

“Hay que repetir que «los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás». Para hablar adecuadamente de nuestros derechos necesitamos ampliar más la mirada y abrir los oídos al clamor de otros pueblos o de otras regiones del propio país. Necesitamos crecer en una solidaridad que «debe permitir a todos los pueblos llegar a ser por sí mismos artífices de su destino», así como «cada hombre está llamado a desarrollarse»”. (Evangelii Gaudium 190)

La llamada a la **“globalización de la solidaridad”**, a la **“civilización del amor”**, a **“compartir la prosperidad”** sigue constituyendo uno de los pilares irrenunciables para edificar comunidades dignas que puedan afrontar con garantías de éxito los principales retos del momento, incluido el drama del coronavirus.

3. ENCARGARSE DE LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA Y HACERLA NUEVA

Hemos visto y reconocido la realidad de la pobreza, ¿nos interpela?, ¿nos remueve las entrañas?, ¿nos desborda?, ¿nos deja indiferentes?

Alguna de las actitudes que podemos tener ante la dureza de esta realidad es la evasión, o el abandono por parecer imposible cambiarla, o mantenerse equidistante, o guardar la ropa...

Hemos analizado e interpretado la realidad desde los fundamentos de nuestra fe, **y ahora, ¿qué?**

Ahora toca comprometerse con la realidad de los empobrecidos para transformarla y avanzar en construir el sueño de Dios e implicarnos en el trabajo por la justicia. *“Se trata de aprender <<otra forma de hacer las cosas>> (...) y evitar actuar <<como si los pobres no existieran>> (EG 80)” (“No te olvides de los pobres” pág. 156)*

Para ello creo que es necesario, al menos: **salir de la autorreferencialidad, escuchar la palabra de los empobrecidos, participar activamente en la construcción del bien común y cuidar la fraternidad.**

Salir de la autorreferencialidad (“ombligismo”)

Vivimos en una sociedad y en una cultura ensimismada en el yo, mí, me, conmigo, que nos envuelve y, sin darnos cuenta, nos atrapa y seguro que, sin pretenderlo, nos aferra a nuestro ombligo. Mi persona, mi experiencia, mis ideas, mi familia, mi parroquia, mi grupo, mi barrio, mi ciudad, mi país. Tendremos que aprender a mirar enfocados en primera persona del plural y **conjuguar el nosotros**. Nos ayudará estar atentos a las noticias de nuestro mundo pasándolas por la mente y el corazón. Ponerlas en el corazón de Dios y abrirnos a la voz del Espíritu que grita desde el dolor de los que están en los márgenes y nos impulsa a dar testimonio de la bondad del Evangelio desde las periferias existenciales y compartir el gozo del encuentro con Jesús.

“El amor que da vida a la fe en Jesús no permite que sus discípulos se encierren en un individualismo asfixiante, soterrado en segmentos de intimidad espiritual, sin ninguna influencia en la vida social”. (EG 183).

Salir de sí al encuentro real con el otro, con los otros, relacionarnos con ellos, para descubrir el bien la bondad y la belleza que hay en cada ser humano, también en los empobrecidos; encuentro que, como dice el Papa en Fratelli tutti, nos enriquece.

“Nuestra relación, si es sana y verdadera, nos abre a los otros que nos amplían y enriquecen”. (F T 89)

Y atentos igualmente a escuchar y leer los signos de los tiempos que marcan el paso de Dios por nuestro mundo; uno de ellos es la pobreza multidimensional en la que viven “encorvados” miles de hermanos.

“Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad”. (EG 8)

Escuchar la palabra de los empobrecidos

Por fidelidad al Evangelio, escuchar, acoger, integrar lo que ellos viven, lo que piensan, lo que sienten. Escuchar su “clamor” y socorrerlos. Pero, no solo escuchar su palabra sino hacerlos partícipes de la catequesis, integrarlos en nuestras comunidades, no excluir a nadie, salir al encuentro, acoger como hermanos, ser creativos, no solo trabajar por ellos y para ellos, sino también con ellos, y dejarnos evangelizar por ellos, porque también son palabra de Dios.

El papa tanto en “Evangelii Gaudium” como en “Fratelli tutti” pone de relieve la importancia de cultivar la actitud de escuchar a los empobrecidos y sugiere algunas acciones concretas para implicarse en el trabajo por la justicia.

“El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno”. (EG 193)

“Porque de todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible. Esto implica incluir a las periferias. Quien está en ellas tiene otro punto de vista, ve aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitivas.”. FT 215)

Participar activamente en la construcción del bien común

Estableciendo la relación entre solidaridad y bien común, el papa Juan Pablo II entendió que la solidaridad no era un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, **“es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”** (Cfr. Sollicitudo Rei Socialis, 38).

El bien común es la mejor materialización de nuestra solidaridad que, anclada en la idea de dignidad de todos, nos permite evitar formas de ayuda generadoras de desigualdad, conocidas en la historia como paternalismo, asistencialismo o beneficencia.

Es, sencillamente, todo aquello que, construido entre todos, aprovecha y beneficia a todos. Es el esfuerzo común para crear unas condiciones sociales colectivas que permitan que nadie se quede atrás, garantizando a toda persona sus derechos más elementales, como la propia vida, la alimentación; la salud; la educación, el agua y saneamiento...

“El bien común presupone el respeto a la persona humana en cuanto tal, con derechos básicos e inalienables ordenados a su desarrollo integral. También reclama el bienestar social”.
(Laudato Si, 157)

*“Recordar a todos el gran valor del bien común es para el pueblo cristiano **un compromiso de vida**, que se realiza en el intento de no olvidar a ninguno de aquellos cuya humanidad es violada en las necesidades fundamentales”.* (Papa Francisco, IV Jornada Mundial de los Pobres. 15 de noviembre de 2020)

Vamos a pensar en la parábola de los obreros de la viña, (Mt 20, 1 – 6) que podemos considerarla como la “parábola del Bien Común”.

En una diversidad de circunstancias de cada trabajador y de la duración del trabajo todos los obreros reciben el mismo salario; «una recompensa igual para un trabajo desigual».

Desde la mera lógica calculadora humana, la parábola resulta injusta, incomprensible, provocadora, y poco razonable. Pero Jesús quiere conducir a sus interlocutores a pasar de la lógica del puro mérito a **la lógica del corazón de Dios**, capaz de integrar a todos y de contemplar a todo ser humano por igual. Cada uno aporta lo que tiene y recibe según sus necesidades, sin cálculo por los méritos conseguidos.

¿Acaso las necesidades básicas de los obreros de la última hora son menores que las de los de la primera hora de la mañana? El salario debe permitir a ambos poder disfrutar de las mismas condiciones de vida.

“Jesús no ha venido a buscar a gente egoísta, Él llegó a nosotros para emplearnos, para ponernos a trabajar en una causa común, para el bien de toda la humanidad.

La parábola de los trabajadores enviados a bregar en la viña, en el bien común, y que al final del día, sí actúan en el bien universal, recibirán su paga.

El salario, y aquí hay otra prueba de la forma tan distinta del pensamiento de Dios, es la misma moneda: “a cada uno, un denario”.

Y para nosotros es un rompecabezas no querer aceptar que todos, delante de Dios, si trabajamos por el bien común, valemos exactamente lo mismo”. (Cfr. Vicente Moreno Martín, *Paulino. Sentimientos sobre el profeta del Amor*, Editorial: Lulu.com, 2011, 78-79)

En resumen, el Bien Común nos convoca, a un esfuerzo colectivo, dirigido a obtener, para cada persona y para todos los pueblos, las condiciones necesarias de un desarrollo integral. Requiere que contribuyamos en la promoción de un mundo más humano, más justo, más igualitario, donde cada uno tenga cubiertas sus necesidades, especialmente las más básicas, y donde el progreso de unos no sea obstáculo para el desarrollo de otros.

Cuidar la fraternidad

El Papa Francisco con motivo de su viaje apostólico a los emiratos árabes unidos (3-5 de febrero de 2019) firmó, junto al Gran Imán de Al-Azhar Ahmad Al-Tayyeb, un documento sobre la **fraternidad humana** por la paz mundial y la convivencia común, en el que se dice:

“La fe lleva al creyente a ver en el otro a un hermano que debe sostener y amar. Por la fe en Dios, que ha creado el universo, las criaturas y todos los seres humanos —iguales por su misericordia—, el creyente está llamado a expresar esta fraternidad humana, protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas, especialmente las más necesitadas y pobres”.

“Un documento (...) que invite a todas las personas que llevan en el corazón la fe en Dios y la fe en la *fraternidad humana* a unirse y a trabajar juntas, para que sea una guía para las nuevas generaciones hacia una cultura de respeto recíproco, en la comprensión de la inmensa gracia divina que hace hermanos a todos los seres humanos”.

Y en Fratelli tutti, la encíclica sobre la fraternidad y la paz social nos deja unas cuantas píldoras que dan luz para interpretar la realidad de los empobrecidos y construir fraternidad.

“Nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte. (FT 87)

“La fraternidad universal y la amistad social dentro de cada sociedad son dos polos inseparables y coesenciales. Separarlos lleva a una deformación y a una polarización dañina. (FT 142)

“Una tragedia global como la pandemia de Covid-19 despertó durante un tiempo la consciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos”. (Papa Francisco)

Todos vamos en el mismo barco, lo que pasa es que unos viajamos en camarotes de primera y otros en la bodega, pero, si el barco se hunde, nos hundimos todos.

Los empobrecidos siguen teniendo muchas necesidades. Carecen de lo necesario para desarrollar una vida con dignidad. ¿Quién escuchará sus gritos? Ojalá sepamos hacer nuestro su clamor, sea cual sea su pobreza.

Y... ¡Por supuesto!, ORAR

Orar por los empobrecidos, orar con los empobrecidos, orar desde los empobrecidos, para que el Espíritu del buen Dios, compasivo y misericordioso, vaya transformando nuestros corazones y nos empuje a trabajar, con entrañas de misericordia, por la dignidad de las personas y la justicia.

“El poder de la gracia de Dios no puede ser sofocado por la tendencia narcisista a ponerse siempre uno mismo en primer lugar”. (Papa Francisco, IV Jornada Mundial de los Pobres. 15 de noviembre de 2020)

“El tiempo que se dedica a la oración nunca puede convertirse en una coartada para descuidar al prójimo necesitado; sino todo lo contrario: la bendición del Señor desciende sobre nosotros y la oración logra su propósito cuando va acompañada del servicio a los pobres”. (Papa Francisco, IV Jornada Mundial de los Pobres. 15 de noviembre de 2020)

▪ ¿Qué más?

Pensar qué podríamos hacer **juntos**, por qué y cómo y elegir lo que se puede hacer como prioritario. Y ser audaces y creativos, como dice el papa, huyendo del cómodo “siempre se ha hecho así” que mata la acción del Espíritu.

“La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades”. (EG 33)

4. CONCLUSIÓN

La pobreza atenta contra la dignidad de la persona y mata. Es un crimen contra la humanidad. Es un pecado que viola el destino universal de los bienes. La indiferencia nos hace cómplices. Hagamos nuestra la causa de los pobres.

El Papa Francisco el 8 de julio de 2013 en Lampedusa, hace una llamada de atención contra la indiferencia que nos hace insensibles al grito de los empobrecidos.

“La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne! “

Nuestras miradas deben centrarse en los rostros de los empobrecidos, no como personas incapaces y dependientes, sólo con carencias, sino como sujetos con potencialidades y recursos, derechos y deberes, capacitados para salir, por sí mismos, de su situación, **con la solidaridad activa de los demás.**

“Soñemos como una única humanidad, (...) como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, (...) todos hermanos” (Fratelli tutti 8)